

descuajar una encina. Era buen mozo y tocaba el laud como el mejor trovador. Habiéndolo visto la hija del rey de Francia, se enamoró de él y huyó en su compañía á Tinetz. Allí vivieron cometiendo grave pecado, porque su unión no había sido bendecida. Cerca de allí vivía un noble llamado Vislaw, el Bello; Valgher le había hecho prisionero, sin contar con que se vengaría atrozmente de su bárbara conducta. Ghelgunda, la mujer de Valgher, se enamoró de él, y entre los dos aprisionaron al marido, á quien llevaron al castillo de Vislaw, donde habitaba Ringa, hermana de éste, doncella que habiendo oído cantar á Valgher se enamoró de él, y pidió á su hermano la libertad. En cuanto la obtuvo, cayó sobre el raptor de su mujer, mató á uno y á otra, y llevó á Ringa á Tinetz.

—¿No tenía razón acaso?—preguntó la princesa.

—Quizás si hubiese sido cristiano y hubiese dado la tierra de Tinetz á los benedictinos, se hubiera hecho perdonar su culpa, pero como no ocurrió así, se fué en derecho al infierno.

—¿Había ya benedictinos en aquel tiempo?

—No, entonces eran todos paganos.

—En tal caso, ¿cómo podía ser bautizado Valgher?

—Era imposible... y por eso se lo tragó el infierno.

Habían llegado entonces los expedicionarios á la entrada principal del convento; en el umbral, estaba el prior rodeado de todas las dignidades de su orden.

Era un hombre de alta estatura, de rostro demacrado é inteligente; tenía el pelo gris; una cicatriz de su frente indicaba que en su edad juvenil había sido un guerrero famoso; los ojos penetrantes y negros brillaban bajo las espesas cejas.

Vestia un hábito parecido al de los otros monjes, y sobre él, llevaba una capa negra forrada de seda roja. Rodeaba su cuello una cadena de oro con una cruz incrustada de piedras preciosas, que era el distintivo de su grado.

Salió al encuentro de la princesa con gran cortesía y

humildad, recordando las mercedes recibidas de su marido.

Después de inclinarse profundamente, el prior levantó la mano y dijo estas palabras:

—Sed bienvenida á esta casa, ilustre princesa y ojalá nuestro santo patrón te proteja y te ampare.

—Gracias,—dijo con sencillez la princesa,—hemos venido para oír misa y ponernos bajo vuestra protección.

Y tendió la mano al prior, quien, á fuer de hidalgo, la besó.

La princesa estaba muy conmovida escuchando el alegre repiqueteo de las campanas que la infundían suave melancolía y advirtiéndolo lo cariñosamente que era recibida.

Durante la misa tocó el órgano, cosa rara en aquellos tiempos, y su melodía fué repetida por los ecos de las anchas naves, tan pronto fuertes y terribles como el huracán, como ténues y blandos al igual del canto de los pájaros. El rostro de la princesa estaba conmovido porque comprendía el alma de la augusta señora la grandeza de las obras del creador.

También rogaban aunque con menos devoción las demás personas de la corte. Las damas estaban de rodillas delante de los caballeros; Zbishko invocaba la celeste protección, y de vez en cuando miraba á Danusia que con los ojos entornados rezaba al lado de la princesa.

Casi se arrepentía el joven de haber jurado fidelidad á una niña; pero lo había jurado y el cilicio apretaba ya su carne desde hacía algunas horas.

Era preciso que cumplierse su voto, que arrancara los plumeros de los alemanes.

Entre los que seguían á los templarios, lo llevaban solo los condes, y aun no todos. Zbishko pensaba que á no declararse la guerra, podrían pasar muchos años, sin que le fuera dable arrancar los penachos. Además recordaba que no podía batirse con ningún caballero porque él mismo

no lo era. Pero tenía la esperanza de serlo en los próximos torneos, gracias á la munificencia del rey.

Cuando tales pensamientos le asaltaban, una férvida oración subía hasta sus labios y tembloroso y emocionado decía:

—¡Oh, Dios mío! haz que estalle la guerra entre cosacos y alemanes y templarios! Son enemigos de tu reino y de todas las naciones; haz, pues, que vencamos, ya que ellos, sirven más al demonio que á Ti...

Lloraba el gallardo mozo y su oración le proporcionaba suave consuelo...

—Si puedo conseguir comprar de nuevo nuestras antiguas tierras, regalaré á la iglesia cuanta cera pueden elaborar las abejas en un año. Jesús recibirá contento este don, y para obtenerlo antes, me ayudará en mis empresas.

Tal razonamiento le parecía natural y le confortó; pensaba que Dios le ayudaría y sentía tal fuerza y tal ardor, que en aquellos instantes no hubiera dudado en acometer á un escuadrón entero. De buena gana hubiese prometido á Danusia un par de esclavos alemanes, pero su buen sentido le dijo que no era conveniente abusar de la paciencia de Dios.

Su alegría creció de punto cuando después de la misa, oyó la plática que el prior hizo á la princesa.

En aquellos tiempos, las esposas de los príncipes y de los reyes se mostraban muy benévolos en favor de los templarios.

Pero Ana Danuta que había recibido muchas ofensas de ellos, les odiaba con toda su alma, y cuando el prior le habló de la triste suerte de Masovia, ella á su vez se quejó de los templarios.

—¿Cómo puede prosperar un principado que tiene semejantes vecinos? Se cree uno vivir en paz con ellos, se tiene relaciones de amistad, y de repente, sin motivo nin-

guno, se despierta con la punta de la espada en el cuello ó con el techo ardiendo sobre la cabeza.

Así sucedió hace poco tiempo con un castillo cercano á la frontera. Los templarios escusaron su acción diciendo que aquel castillo era para ellos una amenaza continua; pero ¿cómo negar que los príncipes tienen derecho á construir en sus tierras todos los castillos que estimen necesarios para su defensa? La poderosa Orden no conviene ni á los débiles ni á los fuertes porque á unos oprime y á otros arruina. Aquel que á los templarios hace un bien recibe mal en pago; ¿qué orden religiosa ha recibido tantos auxilios de los polacos como los templarios? ¿Cómo les han pagado? Con la perfidia, con el hurto, con el odio, con la guerra.

Inútil sería quejarse de ellos al papa, porque fuertes como son, ni le escuchan ni le obedecen. Ahora, con ocasión del parto de la reina, enviarán mensajeros y embajadores; pero seguro estoy de que todo ello es pura pampolina, porque lo que desean es la ruina de Polonia.

El prior había escuchado con atención, y luego dijo:

—Sé que el jefe de la embajada que va á Cracovia es Liechtenstein, un caballero muy estimado de su orden por su origen, por su inteligencia y por su valor. Quizá le veáis pronto, ilustre señora, porque me ha ofrecido detenerse en este monasterio.

La princesa añadió:

— Afirma la gente que muy pronto estallará una gran guerra; por una parte, Polonia y todas las naciones afines; por otra los alemanes y las órdenes religiosas. Parece que acerca de esta guerra hay una profecía de santa...

—Brígida,—exclamó el prior,—la hizo hace cerca de ocho años de un modo solemne.

Al oír aquellas palabras Zbishko no pudo ocultar su alegría y preguntó:

—¿Estallará pronto?

El abad no le contestó fingiendo no oírle y la princesa continuó:

—Nuestros guerreros desean esa guerra, pero los más prudentes piensan que los alemanes quizá queden vencidos, pero que los templarios son invencibles, pues contra ellos no hay fuerza humana que prevalezca.

Ana Danuta, asustada de sus propias palabras, miró al prior y añadió en voz baja:

—Llevan la Cruz del Señor, ¿quién se atreverá á batirse con ellos?

Hubo un momento de silencio, y después Obuch, que había recorrido el mundo entero, dijo:

—He estado prisionero de los templarios y he visto la procesión de las Santas reliquias; sin ellas, no tendrían tanto poder.

Los benedictinos se volvieron hacia él y con gran curiosidad preguntaron:

—¿Tienen muchas?

—Sí; poseen un girón de la túnica de la Virgen, un diente de María Magdalena, la mano de san Liborio y un hueso de san José.

—¿Cómo será posible guerrear contra ellos?—dijo suspirando la princesa.

—Ahora,—dijo el prior,—es difícil, porque son caballeros de Cristo y llevan la Cruz; pero cuando con sus peccados hayan colmado la medida, entonces, hasta las reliquias de los santos conspirarán contra ellos á fin de que sean vencidos. Pidamos al Señor que proteja el país cristiano, y confortémonos pensando que si al fin acaba la guerra, también nosotros tenemos reliquias que nos protegerán. Dios dijo un día á santa Brígida que llegaría un tiempo en que á los infieles les caerían las muelas y verían cercenadas sus manos y sus piés.

—Ojalá,—exclamó Zbishko.

Caballeros y monjes asintieron á la exclamación del joven.

El prior continuó:

—Creed en la palabra de Dios, princesa; pensad que los días de vuestros enemigos están contados y aceptad benévola-mente este cofrecito que encierra un pié de san Ptolomeo, nuestro protector.

La princesa tendió la mano arrodillándose y acercó a sus labios el cofrecito. Los cortesanos se mostraban contentos y esperanzados; nadie dudaba de que aquel don atraería las bendiciones celestes sobre todos. Hasta Zbishko estaba contento; parecía que la guerra empezaría tan pronto como terminaran las fiestas de Cracovia.

#### IV

Era más de medio día cuando la princesa con su séquito salió del convento y se dirigió hacia Cracovia.

Los caballeros de aquel tiempo, al entrar en las ciudades ó en los castillos de sus amigos, revestían á menudo su armadura, que se quitaban apenas pasado el umbral de la puerta.

Entrar armado tenia algo de magnificencia y aumentaba el prestigio de los caballeros. Por eso Matzko y Zbishko se pusieron las mejores corazas ganadas á los caballeros de Frissia. Obuch, expertísimo conocedor de objetos militares, advirtió en seguida la riqueza de aquellas corazas que juzgó forjadas por los mejores forjadores de su tiempo y dignas de cambiarse por una gran posesión.

Tío y sobrino iban sentados sobre sillas de una altura extraordinaria; en la mano llevaban una larga pica, al cinto una espada, y colgada de la silla una hacha. Los escudos los dejaron en los carros, pero hasta sin escudo pa-

recia que partieran para la guerra, y no que entrasen en una ciudad amiga. Detrás de los caballeros seguía la carroza en que iban la princesa y Danusia, junto con dos damas más de la corte. La princesa, de cuando en cuando sacaba el cofrecillo con la reliquia de san Ptolomeo y lo acercaba á sus labios.

—¡Cuánto me gustaría verla!—dijo,—pero no me atreveré á ello por no ofender al santo.

Obuch, que cabalgaba á su lado, añadió:

—No lo abráis, pero guardadlo siempre.

—Sí, tenéis razón. Hacia tiempo,—prosiguió,—que no sentía tanta satisfacción como hoy, y esto se debe sin duda á esta santa reliquia que me ha tranquilizado, pues así ya no temo el poder de las que tienen los templarios.

—Tenéis razón, dijo Matzko,—también en Vilna los templarios enseñaban muchas reliquias para hacer creer al pueblo que combatían contra paganos. Pero nosotros, que veíamos que con el hacha hendíamos los cascos de los templarios y hasta sus cabezas, no dábamos gran valor á sus aspavientos. Negar que los santos nos prestan su ayuda sería un pecado; pero únicamente ocurre eso cuando se lucha por la buena causa. En cuanto á reliquias también nosotros tenemos; ¿no hay acaso en el convento de la Santa Cruz un trozo de aquella en que murió el Salvador?

—Sí; pero nosotros la tenemos en el convento, mientras ellos la llevan consigo.

—Tengo yo para mí, que lo mismo son eficaces las reliquias de lejos que de cerca.

—También lo dicen los obispos,—añadió Obuch.—Considerad qué distancia hay de aquí á Roma, y sin embargo el Papa nos gobierna.

Estas palabras persuadieron á la princesa, que muy contenta se puso á hablar de las fiestas que iban á celebrarse en Cracovia. Después habló de las riquezas del convento que acababan de abandonar.

—Me gustaría,—dijo la princesa,—morir y vivir en este edén.

—El Señor sonrió al crear esta comarca,—dijo Obuch,—y su bendición le protege.

—Lo que me maravilla es que Valgher pueda aparecer en Tinetz á pesar de que las campanas doblan siete veces por lo menos cada día.

Aquella observación impresionó á Nicolás Dlugoliass, quien después de reflexionar un momento, dijo:

—Es preciso recordar que la omnipotencia de Dios es infinita, y que Valgher, cada vez que quiera aparecer, tiene que pedir permiso.

—De todos modos me alegro haber estado en el convento en hora en que no aparece el difunto.

—¿Quién sabe? dicen que era muy hermoso.

—Aunque lo fuera, no me atrevería á besar su boca, pues debe vomitar azufre.

—¿Veis? hasta cuando se trata de los demonios, pensáis en los besos.

La princesa, Nicolás y cuantos oyeron aquella observación, se echaron á reír.

—No mentéis la sogá en casa del ahorcado; dicen que el espíritu de Valgher aparece muchas veces en estos bosques, especialmente por la tarde. ¿Quién sabe si nos habrá oído y de repente se presentará con el aspecto de un gallardo mancebo?

—¡Protejednos, Dios mío!—dijo una de las damas.

En aquel instante Matzko, que veía gran extensión de camino desde su alta silla, paró de repente el caballo, y dijo:

—¡Santo Dios!

—¿Qué hay?

—Un caballero que se adelanta.

—Es él...—dijo Zbishko;—el terrible Valgher.

El cochero, asustado, soltó las riendas y se persignó;

también él había visto la gigantesca figura de un ginete cubierto de hierro de pies á cabeza.

La princesa, que se habla puesto en pie, cayó de nuevo sentada, temblando y estremecida. Los hidalgos, las damas y los trovadores que cabalgaban detrás de la carroza, al oír pronunciar aquel nombre de mal agüero, se reunieron asustados. Obuch trató de reanimar á la princesa:

—No temáis, señora,—la dijo,—el sol no se ha puesto todavía, y aunque obscureciera, san Ptolomeo sabría conjurar el peligro.

El caballero que tantos temores producía, se paró en lo alto de una roca, contuvo el caballo y quedó inmóvil sobre su pedestal ingente. La luz del sol poniente iluminaba su figura, haciéndola aparecer gigantesca.

—¿Por qué se para?—preguntó un trovador.

—Porque también nosotros estamos parados.

—Nos mira como si quisiera elegir entre nosotros; si estuviera convencido de que es un hombre, y no un diablo, de buena gana le rompería mi laud contra su cabeza.

Las mujeres estaban aterrorizadas y murmuraban oraciones.

Zbishko queriendo demostrar á la princesa y á Danusia su valor.

—Yo pelearé con este caballero; no le temo,—dijo:—aunque sea Valgher.

Danusia se echó á llorar gritando:

—¡Zbishko, Zbishko!

Pero el joven espoleando su caballo se precipitó contra el caballero con evidente interés de atravesarlo con su pica.

Matzko, que había visto el ímpetu de su sobrino, exclamó:

—Nuestro adversario parece tan alto por el sitio que ocupa, pero no lo es en demasía, voy á ayudar á mi sobrino.

Zbishko, acercándose al terrible guerrero, pensaba si le

convenía herir sin compasión ó examinar primero al hombre fantasma. A medida que se aproximaba le veía mejor. Era un hombre de alta estatura, vigoroso, montado en un soberbio caballo, pero no tenía nada de particular, no llevaba armas. Cubría su cabeza un birrete de raso y envolvía su cuerpo una capa blanca. Rezaba mirando al cielo; por eso había parado su caballo.

Zbishko se preguntó qué hacía aquel hombre; y cuando estuvo á tiro de pica le tocó ligeramente; el caballero viéndole tan joven sonrió y le dijo:

—¡Bendito sea el nombre de Jesús!

—Amén.

—¿Sois de la corte de la princesa de Masovetzka?

—Sí.

—¿Venís pues de Tinetz?

No obtuvo respuesta. Zbishko, mirando hacia la llanura que se extendía á espaldas del caballero, quedó como asombrado y palideció.

Vió á pocos pasos de distancia algunos soldados inmóviles sobre sus caballos y al frente de ellos á un caballero de reluciente coraza y de alba capa. En mitad del pecho llevaba una cruz negra y en la cabeza un casco de acero con un rico penacho. Era el jefe de los templarios.

Zbishko pensó que su oración había sido escuchada y que Dios le enviaba aquel hombre para que empezara á cumplir su promesa. Sin perder un momento y creyendo la ocasión propicia enristró la pica é inclinándose sobre el cuello del caballo, gritó:

—¡Grady, grady!

Lanzando este grito avanzó rápidamente contra el templario. Este permaneció quieto y asombrado, dudando de que fuera contra él la agresión.

—Prepara la lanza, volvió á gritar Zbishko; ¡grady! ¡grady!

El espacio que separaba al templario del joven desapareció en un instante y ya la lanza del joven tocaba el pe-

cho del adversario, cuando de repente quedó rota. Una mano poderosa la había quebrado como se rompe una débil caña, y aquella misma mano, sujetaba las bridas del caballo de Zbishko.

—¡Torpe! ¿qué haces? ¿quieres atacar al mensajero del rey,—murmuró una voz amenazadora.

Zbishko se volvió y vió á su lado al caballero que tanto miedo había causado á los acompañantes de la princesa.

—Déjame batir contra el alemán,—dijo el joven, blandiendo el hacha.

—No, quieto ó te arrojó de la silla,—dijo el desconocido con aire severo,—has ofendido al rey y serás juzgado.

Luego volviéndose á los soldados gritó:

—¡Avanzad!

Entre tanto había llegado Matzko, quien comprendía que Zbishko había obrado atolondradamente, pero que no desaprobaba del todo la idea de pelear contra los desconocidos.

La escolta del templario se componía de unos quince hombres armados de jabalinas y arcos, contra los cuales, dos caballeros bien armados, hubieran podido batirse, no sin esperanzas de victoria.

Matzko pensaba que al llegar á la ciudad, él y Zbishko serían juzgados y que por lo tanto era quizá mejor atravesar ahora por entre los enemigos y escapar hasta que hubiese terminado la tormenta.

Su rostro se contrajo como el del mártir que se apresta á morir y colocó su caballo entre el de Zbishko y el del desconocido, gritando:

—¿Quién sois caballero? ¿con qué derecho os metéis en lo que no os importa?

—Con el de un hidalgo encargado por el rey de defender estos países contra los asaltos de los malhechores: Yo soy Povala de Tacev.

Al oír estas palabras Matzko y Zbishko miraron al ca-

ballero, y después, bajaron los ojos y dejaron caer las armas.

¡Povala de Tacev! un noble de egregia estirpe, un señor potentísimo, el mejor guerrero del reino. Los trovadores, repetían su nombre en sus canciones, como ejemplo de virtud y de valor y le comparaban al de Zavisca de Gabrov.

Matzko, cuando se calmó un poco, dijo con voz respetuosa:

—Salud y honor á vos, á vuestra gloria y al valor.

—Sed bien hallados,—contestó Povala,—hubiese preferido conocerlos en otras circunstancias.

—Ya lo creo,—murmuró Matzko, mirando á su sobrino.

Povala volviéndose á su sobrino, dijo á éste.

—¿Qué has hecho, muchacho? ¿Sabes lo que te espera?

—Lo ha hecho porque se arrojó al riesgo sin calcularlo, es joven y no reflexionó que el templario es un mensajero del rey. No le juzguéis severamente.

—Eso no me incumbe á mí; yo, debo detenerle.

—¿Sí?—preguntó Matzko á los soldados que le rodeaban.

—Tal es la voluntad del rey.

Un profundo silencio siguió á estas palabras.

Matzko añadió:

—Es un hidalgo.

—Entonces, debe jurar por su honor de caballero que comparecerá cuando se le llame.

—¡Lo juro por mi honor!

—Bien está; ¿cómo os llamáis?

Matzko le contestó.

—Si pertenecéis á la corte de la princesa,—añadió Povala, rogadla que interceda por vosotros.

—No, no pertenecemos á la corte ojalá no la hubiéramos hallado.

Y volviéndose hacia su sobrino, Matzko contó la historia.

34971

da de la corte á la hostería, el voto de Zbishko, y montando en cólera, exclamó:

—Más te hubiera valido morir bajo los muros de Vilna que cometer semejante locura.

Zbisko contestó:

—Después de hacer mi voto, rogué al Señor que me enviase gran número de alemanes, para matar, y le prometí gran cantidad de cera. Cuando vi el casco y el penacho de este templario, me dijo: Dios te complace, mata al alemán. Entonces fué cuando me lancé, ¿quién no hiciera lo mismo?

—Oid,—dijo Povala,—yo por mi parte, no tengo ningún inconveniente en echar tierra al asunto, solo falta que el ofendido no se queje, habladle y quizá se mueva á compasión. En tal caso, todo quedará arreglado.

—Prefiero vérmelas con el verdugo, que pedir compasión á un templario,—contestó impetuosamente Zbishko. Povala le miró severamente.

—Haces mal, los que son mayores que tú pueden juzgar lo que es digno, y lo que es indigno del honor de un caballero. Todos saben quién soy, y yo en tu caso no vacilaría en disculparme.

Zbishko se ruborizó y replicó:

—El terreno es llano y apropósito para un duelo; en vez de pedirle perdón, ¿por qué no batirnos ahora mismo en buena lid, á pié ó á caballo?

—¡Loco!—contestó Matzko,—¿te batirías contra el embajador?

—Dispensad, caballero,—dijo volviéndose hacia Povala, es un atolondrado, y no sabe lo que se dice. En vez de Zbishko, seré yo quien le dé explicaciones, y después, una vez terminada su embajada nos batiremos, si quiere aceptar mi reto.

—Es de ilustre estirpe, y no creo que quiera desafiarse.

—¿Por qué, pues, lleva espuelas de caballero?

—Batiéndose conmigo, no se degradaría ni un príncipe.

—No lo niego, pero mejor sería no decir nada de eso. Ea, habladle y que Dios os proteja.

Matzko se dirigió hacia el templario, que esperaba impasible montado sobre su caballo, alto como un camello.

Matzko, que sabía algunas palabras de alemán, trató de explicar al caballero en su lengua la barrabasada de su sobrino y le pidió perdón por ello.

El rostro del komtur permaneció impasible. Alto, inmutable, con la frente erguida, miraba á Matzko con ojos fríos, indiferentes, despreciativos... Parecía que mirase, no á un caballero, sino un objeto cualquiera. Matzko sintió que le quemaba aquella mirada, y aunque sus palabras fuesen corteses y humildes, estremeciase su alma y refrenaba sus impulsos.

Povala, que era hombre de corazón, y había comprendido lo que sufría Matzko, fué en su ayuda. Dirigiéndose en alemán al templario, corroboró lo dicho por Matzko, y luego añadió dirigiéndose á éste:

—¿Véis? el noble komptur no da ninguna importancia á lo ocurrido; sabe que en todas partes los chicos no tienen seso, y no quiere batirse con ellos ni llevarlos á los tribunales.

Lichtenstein, sin decir una palabra, continuó su camino, sin mirar siquiera á los dos guerreros, que se estremecían acariciando la empuñadura del hacha.

—¡Me la vas á pagar, maldito templario!—dijo entre dientes Matzko;—un día ú otro, caerás en mis garras. También Povala se incomodó, pero volviéndose al viejo, le dijo:

—No amenaces; procura que la princesa interceda por nosotros, porque, si no, pobre del muchacho.

Dichas estas palabras, alejóse, y fué al encuentro de un templario, con quien se puso á hablar animadamente.

Al cabo de un rato, Povala, dejando al templario, se acercó á los dos guerreros y les dijo:

—He intercedido por vosotros, se muestra inexorable y únicamente consentiría en callar lo ocurrido, si al saludar á la princesa de Masovetzk os acercáis á él sin casco y le pedís perdón.

Povala miró á Zbishko, y continuó:

—Comprendo que ha de seros penoso, pero si no le obedecéis quizá os esperan las manos del verdugo.

Zbishko y Matzko se estremecieron.

—¿Qué hacemos?—preguntó Povala.

Zbishko, con la calma y la dignidad de un hombre maduro, contestó:

—¡Cúmplase la voluntad de Dios!

—¿Qué queréis decir?

—Aunque tuviera dos cabezas, y ambas debieran caer á manos del verdugo, no caerían á lo que el honor manda, porque el honor es uno!

Povala se volvió hacia Matzko y preguntó:

—¿Y vos?

—Creo que mi sobrino, nacido á la sombra de mi casa, antes debe morir que faltar al honor.

El rostro bronceado del anciano se estremeció. El amor que sentía por su sobrino fué más fuerte que su mismo dolor, y estrechando su cabeza entre las manos exclamó:

—¡Zbishko, Zbishko!

El joven se conmovió á su vez y replicó:

—No hubiera pensado jamás que me quisierais tanto, tío!

— Sois verdaderos hidalgos, — exclamó Povala con emoción;—ya que el joven me ha dado su palabra, no le haré arrestar; esperad de todos modos. Veré al rey antes que el templario y trataré de explicarle el caso de un modo favorable para vosotros. Suerte que rompí el asta, fué una verdadera fortuna.

Zbishko dijo:

—Si he de entregar mi cabeza al verdugo, quisiera por lo menos tener el consuelo de atravesar la coraza de un templario.

Povala contestó:

—¿Piensas que así conservarías el honor? así, deshonrarías á nuestro pueblo.

Y volviéndose hacia Matzko, añadió:

—Si vuestro sobrino queda sin castigo, procurad ponerle otra cabeza, porque lo que es ésta, no le sirve.

—Nada ocurriría, si le ocultárais al rey lo sucedido.

—¿Y el templario?

—¡Maldición!

Hablando de aquella manera se acercaron al séquito de la princesa, y los caballeros que acompañaban á Povala se habían mezclado á los guerreros de Lichtenstein y seguían á sus respectivos señores.

—¡Qué extraña naturaleza la de los templarios! — dijo Povala, — cuando les amenaza algún peligro grave, saben hacerse los humildes y están mansos como corderos y dulces como la miel, pero cuando son los más fuertes, entonces descubren todo el orgullo que guarda su corazón, y nadie es tan malvado y cruel como ellos. He viajado mucho por el mundo y he conocido muchos pueblos... En todos ellos, he visto que los verdaderos caballeros son los que se muestran compasivos con los más débiles, porque no hallan digno de su nombradía y valor atacar á quien puede menos que ellos... Pero los templarios, entonces es cuando hacen gala de su valor. Fijáos en la conducta de éste. No tan solo quiere que se le pida perdón, sino que impone el deshonor. Por fortuna, esto no ocurrirá...

—¡Maldito sea! — exclamó Zbishko, que había oído aquellas palabras.

Estaban entonces entre los caballeros del séquito y el templario viendo á Matzko, tomó una actitud despreciativa.

Zbishko contó á Danusia que desde la colina cercana



se veía Cracovia; Matzko explicó á uno de los trovadores cuanto había ocurrido.

El alemán no quitaba el ojo á Zbishko y Matzko esperando el momento de que bajaran del caballo; pero al comprender que no tenían intención de hacerlo, ébrio de ira y de rabia, después de inclinarse ante la princesa, hizo ademán de alejarse.

Id sin cuidado,— murmuró Povala—que no habrá quien os acometa como no sea un loco de atar.

— En vuestro país hay costumbres muy raras, pero no he buscado yo vuestra protección; acordaos de que nos hallaremos en la corte, y quizás en otras partes..

En estas últimas palabras vibraba una amenaza, por lo cual, Povala exclamó:

— ¡Cúmplase la voluntad de Dios!

El alemán le volvió la espalda blasfemando, y uno que estaba cerca afirmó que había dicho.

— «Canalla, quisiera llevarte en la punta de la lanza tanto tiempo como se necesita para rezar un padre nuestro.»

Povala hablaba con la princesa y explicaba que por encargo del rey cuidaba de la seguridad del país, durante aquellos días en que tanta gente iba y venía de Cracovia. Se dijo también cuanto había ocurrido momentos antes, pero sin darle importancia, para no turbar el buen humor de la princesa, la cual se sonrió al pensar en la impaciencia de Zbishko, y admiró la prueba de fuerzas que dió Povala. Este, contento de ser admirado, relató algunas de las aventuras que habían ilustrado su nombre.

Dijo que en un torneo había arrancado á un caballero de su silla, levantándolo armado de todas armas á la altura de su lanza; Felipe el Atrevido le dió en premio una cadena de oro, y la reina un escaquin de raso blanco que llevaba en el yelmo.

Los oyentes se mostraron asombrados, y Nicolás Dlugoliass, observó que en los actuales tiempos faltaban hom-

bres de fuerzas extraordinarias, y que un caballero que supiera agujerear una coraza, ó romper un asta, parecería ya una gran hazaña.

— No niego que en otro tiempo habría hombres muy fuertes,— dijo Povala, pero también ahora tenemos. ¿Conocéis á Zavisca de Garbov? Ese puede más que yo.

— Le he visto. Tiene los hombros tan anchos como las campanas de Cracovia.

— ¿Qué me decís de Dobko de Olestnitz? Una vez en el torneo que los templarios celebraron en Torún, sacó de la silla á doce caballeros.

— En nuestro país hay uno, mucho más fuerte que todos esos; se asegura que apretando entre sus manos el tronco de un árbol recién cortado, le sacó la savia.

— También lo hago yo,— exclamó Zbishko, y antes que nadie pudiera contenerle, arrancó una gruesa rama y la oprimió con tanta fuerza que salió de ella gran cantidad de savia.

— ¡Jesús! ¡Dios mío! — exclamó una de las damas, es un verdadero pecado que vayáis á la guerra antes de casaros!

Todos se echaron á reir oyendo aquello que demostraba de un modo patente lo que en aquélla época se apreciaba la fuerza física.

Zbishko, que ya no se acordaba del templario, miraba á su alrededor con aire de triunfo, y Obuch, para no dejar que se entusiasmase con exceso, le dijo:

— No debes alabar la fuerza, porque hay muchos caballeros que son más fuertes que tú. Mi padre me contaba que en la corte de Carlos, emperador, había un caballero de tan extraordinaria fuerza, que con sólo apretar el cuello á un oso, le ahogaba en seguida. Parece que uno de los embajadores que fueron á esa corte, picado al oír que el emperador alababa tanto la fuerza de sus súbditos, dijo que con él iba un caballero que se atrevía á luchar con el vencedor de las fieras, y que efectivamente á los dos mi-

nutos de luchar ambos atletas, el que se jactaba de vencer á los osos, caía en tierra con la columna vertebral rota.

—¿Qué edad tenía?—preguntó Zbishko.

—Era muy joven.

Mientras esto decían damas y caballeros, Povala de Tacev, que cabalga al lado de la princesa, contóle en voz baja cuanto había ocurrido, rogándola que intercediera en favor de Zbishko, que podía pagar muy cara la imprudencia cometida.

La princesa, que amaba al apuesto doncel, quedó pensativa.

—El obispo de Cracovia es amigo mío,—dijo,—y quizá consiga que interponga su valiosa mediación; quizá hasta la reina quiera también interceder por nuestro gentil muchacho.

Hablando así se acercaron á Cracovia y á medida que disminuía la distancia aumentaba el número de viandantes que se dirigían á la ciudad.

Numerosos carros de revendedores, repletos de sal, cera, pan, pescado y leña iban hacia Cracovia y se cruzaban con los de retorno.

Ante los ojos de los viajeros aparecieron los jardines de la ciudad y las torres que se erguan tras las murallas.

—¡Qué hermosa ciudad! no hay otra igual en el mundo,—exclamó Matzko.

—¿Hace mucho que faltáis de ella?

—Sí, y me parece que la veo ahora por vez primera.

—Dicen que Cracovia ha mejorado mucho durante el reinado de Jagellone, y debe ser verdad, porque cuando el gran príncipe de Lithuania subió al trono, llamó á gran número de comerciantes de Rusia y de Lithuania y desde entonces todos los caminos estuvieron cuajados de carros y de bestias de carga que iban á Cracovia.

—También los templarios tienen una hermosa ciudad, observó uno de los trovadores.

—¡Ah!—exclamó Matzko.—¡Si pudiésemos asaltarla, qué hermoso botín cogieramos.

Povala continuaba pensativo y preocupado por la suerte de Zbishko. En aquel intrépido pecho, valeroso y altivo en la guerra, se albergaba un corazón de paloma, y sentía ahora indecible compasión por el joven á quien tan terrible suerte amenazaba.

—Pienso,—dijo dirigiéndose á la princesa,—en si debo ó no contar al rey lo que ocurre. Si el templario no se quejara, todo pasaría en silencio; pero si hablase... entonces, creo que sería mejor hablar antes al rey.

—Cuando un templario puede hacer daño,—contestó la princesa, no pierde nunca ocasión de hacerlo. Tomaré al joven como uno de mis caballeros, y así el rey quizá se muestre más indulgente.

Diciendo esto, hizo una señal á Zbishko, que saltó del caballo y se acercó á la princesa, dándole gracias vivamente.

Le placía aquello, no porque hubiese disminuído el peligro, sino porque la resolución de la princesa le permitía permanecer más horas junto á Danusia.

Povala preguntó á Matzko:

—¿Dónde os alojaréis?

—En cualquier hostería.

—Todas están llenas.

—En tal caso, iremos á la casa de un mercader, amigo nuestro, que de fijo nos dará albergue.

—¿Y si yo os propusiera que vinieseis á mi casa? Vuestro sobrino podría ir con la corte al castillo, aunque sería mejor que no estuviera tan cerca del rey. En mi casa podríais disponer á vuestro antojo de todo y de todos y hacer lo que os plazca.

Matzko dió las gracias á su generoso compañero, y á su lado atravesó las puertas de la ciudad, quedando tanto él como Zbishko enamorados de lo que veían.

Como venían de un país donde sólo había ciudades arruinadas por la guerra, las calles de Cracovia, rebotando de gente, con palacios magníficos y tiendas donde se vendían todas las mercancías del orbe, les parecieron una verdadera maravilla, y á cada paso se detenían admirando ya la belleza de una morada señorial, ya las ricas telas y preseas que ostentaban las tiendas, ó ante un grupo de mercaderes orientales que envueltos en amplios ropajes multicolores, inmóviles, en sus bazares, parecidos á estatuas de otros tiempos, con sus rostros bronceados y sus facciones delicadas á un tiempo y enérgicas, parecían soñar en las riquezas que ocultan sus valles nativos y en las que al mar transportan sus áureas arenas los ríos que de las altas mesetas del Thibet, van á parar al golfo de Bengala y al mar Indico, abrasado por el sol, dejando fermentar en sus orillas todos los morbos que en alas del huracán llegan hasta Europa, y engendran esos azotes de la humanidad que raen del haz de la tierra generaciones enteras.

Después de atravesar calles y calles y llegar al palacio de Povala, Matzko llamó á su sobrino y le dijo:

—Zbishkol!

—¿Qué queréis, tío?

—Cuanto más pienso, más temo por tí.

—¿Lo creéis así?

—Sí.

—Pues yo creo lo contrario.

Y dejando á su tío, el atrevido joven fué hacia las habitaciones de su huésped para enterarse de cómo y dónde podría encontrar en seguida á la princesa y á su favorita la princesita Danusia.

Al día siguiente, tío y sobrino, juntos con Povala, fueron á oír la misa del alba.

En el trayecto encontró Povala gran número de conocidos, algunos de los cuales eran caballeros ilustres, no sólo en Polonia, sino en el mundo entero.

Zbishko los miraba con asombro y decía á sí mismo

que si Dios le libraba de las garras de Lichtenstein, les imitaría en el valor y en la virtud.

Entre los que hablaron con Povala había algunos famosos guerreros que dieron cuenta de la llegada del rey de Hungría, el cual, aunque no estuviera invitado, asistía á todas las fiestas, teniendo la manía de quedar siempre como el mejor caballero de cuantos tomaran parte en las justas.

Tal manía era notoria; recordábase que una vez, habiendo sido vencido, rompió en llanto ante su vencedor.

Hablóse también entre los reunidos de la rica cuna que los lituanos enviaban como presente al rey. Matzko describió tan rico presente y detalló los peligros que había vencido durante el tiempo que sirvió de defensor á los que lo conducían.

Hablóse después de asuntos de gran importancia para el reino; del ejército numeroso que había asaltado los confines orientales de Rusia, y que, si en su marcha no encontraba obstáculo, extendería los dominios del rey Jagellon hasta los confines del Asia.

Matzko, que conocía los planes de Vitoldo y que era muy buen narrador, reunió bien pronto gran número de caballeros que le escuchaban.

—Vitoldo,—dijo,—aun cuando príncipe soberano, gobierna Lituania en nombre del rey Jagellon. Grande gloria sería para él que sus ejércitos enarboles la cruz en aquellas lejanas playas y desiertos arenales donde el nombre de Cristo es escarnecido y vilipendiado, y donde aún no dejó su huella ningún pié polaco ni lituano.

Los caballeros escuchaban atentamente á Matzko, aun cuando algunos ignoraban contra quienes se emprendió la guerra ni cuáles eran los auxiliares de Vitoldo.

—¿Contra quién se hace la guerra?

—Contra Timur (1) el manco,—contestó Matzko.

(1) Timur, conocido generalmente con el nombre de Tamerlán, invadió Rusia y derrotó cinco veces consecutivas al ejército ruso y polaco.

Los caballeros callaron. Conocían muchos nombres de tribus salvajes, pero ninguno era tan temido como el de las hordas que manda Timur.

Hasta se nombraba con una especie de terror como antiguamente el de Atila. Era el verdadero soberano del mundo, el rey de aquellos tiempos, el dueño de veintisiete naciones conquistadas por el esfuerzo de su brazo; era príncipe de Moscova, de Siberia, de Bagdad, de Alepo, de Damasco; su influencia se extendía desde las playas de Arabia á las de Grecia.

Era el destructor de pueblos, el que levantaba pirámides de cabezas humanas; el que tenía dominio sobre media Europa; el que vencía á los demás reyes, y anonadaba el poder de todos los países. El era el que reconociendo por hijo á Tochtamish le arrojó de sus posesiones en cuanto quiso declararse independiente. A causa de eso, quería Vitoldo emprender la guerra contra Timur y por lo que guerreros y nobles, pensaban de continuo en las luchas que sería preciso sostener.

—No entiendo qué interés puede tener Vitoldo en favorecer al hijo contra el padre.

—Dicen que Tochtamish se hará cristiano.

—¡Yal pero me parece que su padre nos dará graves disgustos.

—Quizá sí, quizá no; no hay que fiar mucho en los paganos.

—Gran cosa es morir por la gloria de Cristo.

—Además, así se conquistan honores y gloria.

—Y si alguien está en pecado mortal, se le perdona.

—La gloria dura eternamente,—añadió Povala,—cuando hay guerra, se adquieren más puros laureles, cuanto mayor es la fama del enemigo. Timur ha derrotado á veintisiete monarcas... ¡Cuánta no sería nuestra gloria si le venciéramos! No hay que temer nada, si algún pueblo es capaz de vencer al bárbaro guerrero, ese pueblo es el nuestro.

Los caballeros continuaron hablando de aquellos asuntos de guerra, cosa que admiró mucho á Zbishko, que no había pensado jamás en seguir á Vitoldo.

Un anciano, á quien todos escuchaban con gran respeto, terciando en la conversación, dijo:

—La reina, que como es sabido, recibe inspiraciones de lo alto, ha tenido inspiración de esa futura guerra, y ha dicho que si todos los cristianos iban contra el bárbaro, éste quedaría vencido; pero como los cristianos no pueden marchar todos contra Timur, porque han de guardarse de tcheques, húngaros y templarios, toda gente en que no se puede confiar, es muy fácil que queden vencidos los cristianos al pelear contra Tamerlan y sus huestes infinitas.

—Ahora estamos en paz, y parece que los templarios ofrecen auxilio á Vitoldo,—observó uno de los reunidos.— Eso es lo que se debería hacer y así se demostraría al Santo Padre que se combate de veras á los infieles. En la corte se dice que Lichtenstein no sólo ha venido para asistir al bautizo, sino para entenderse con el Rey.

—Helo aquí,—exclamó Matzko.

—Efectivamente,—contestó Povala,—habrá salido temprano de Tinetz.

—Se conoce que tiene algún asunto urgente.

Lichtenstein pasó por su lado. Matzko lo había reconocido á él por la cruz bordada sobre su manto, pero el cruzado no le reconoció ni á él ni á Zbishko, porque la primera vez que les vió llevaban el casco que ocultaba gran parte del rostro. Saludó á los del grupo, y seguido de sus escuderos, con paso moderado y digno, subió la escalinata que conducía á la iglesia.

Al oír el repique de campanas entraron en el templo todos los nobles y entre ellos Matzko y Zbishko.

El joven parecía asombrado ante el esplendor del templo; á su lado estaban caballeros ilustres que habían conquistado laureles y nombradía, unos en el campo de ba-